

pela profanada, las reuniones de emigrados han hallado proteccion en todos los Estados dependientes del imperio, y finalmente, segun confiesa el mismo emperador, está de acuerdo con otras potencias para venir contra nosotros. Cuando desde el seno del Luxemburgo nos amenazan nuestros príncipes con una invasion inminente, jactándose de que están apoyados por las potencias, el Austria calla y sanciona con su silencio las amenazas de nuestros enémgigos. Ciertamente es que de cuándo en cuándo afecta condenar las manifestaciones que son hostiles á Francia; pero estas reconvenções convenidas no son sino una hipocresía de paz. La escarapela blanca y el uniforme contrarevolucionario se llevan sin ningun rebozo en los Estados austriacos, y en tanto nuestros colores nacionales no están permitidos allí. Cuando el rey ha amenazado al elector de Tréveris diciendo que iria á dispersar aquellas reuniones que nos amenazaban, el emperador ha mandado al general Bender que fuese á socorrer al elector. Aún es esto poco: en la conferencia de Pilnitz, el emperador declara, en union del rey de Prusia, que ambas potencias se entenderán con las demas cortes de Europa tocante á los negocios de Francia, y que en caso de guerra se auxiliarán recíprocamente. Así queda demostrado que el emperador ha violado el tratado de 1756, contratando alianzas sin saberlo Francia. Queda tambien demostrado que él mismo se ha constituido en centro y motor principal de un sistema antifrances. ¿Cuál puede ser su objeto, como no sea intimidarnos y dominarnos para atraernos insensiblemente á un congreso en el que se nos obligue á admitir modificaciones vergonzosas en las nuevas instituciones que nos hemos dado? Quizá esta idea habrá nacido en el seno de Francia, quizá algunas inteligencias secretas hacen esperar al emperador que no se alterará la paz bajo semejantes condiciones. Se engaña: el momento en que el fuego de la libertad abrasa los corazones de veinticuatro millones de almas no es el más á propósito para que los franceses consientan en una capitulacion, á la cual preferirian la muerte. Nuestra situacion es tal que la guerra, que en tiempos normales es uno de los azotes más terribles de la humanidad, hoy en nuestro país es hasta útil para el bien público. Esta crisis saludable elevará al pueblo á la altura de su destino, le volverá su energía primitiva, restablecerá nuestro crédito y sofocará todo germen de disension intestina. En una situacion análoga, el gran Federico no rompió la liga formada por la corte de Viena sino adelantándose á tomar la iniciativa. Vuestra comision diplomática os propone que acelereis los preparativos de la guerra: un congreso sería vergonzoso; la guerra es necesaria, la opinion pública la provoca, la salvacion pública la ordena.»

El informante concluia pidiendo al emperador explicaciones claras y terminantes, y que en el caso de que estas explicaciones no llegasen ántes del 10 de Febrero, se considerase aquella negativa como una hostilidad.

II

Apénas acabó su lectura, cuando Guadet, que presidia aquel dia la Asamblea, subió á la tribuna para comentar el informe de su colega y amigo. Guadet, hijo de San Emilion, pueblo de las inmediaciones de Burdeos, era ya un abogado célebre ántes de llegar á la edad en que los hombres suelen adquirir nombradía. Aguardado impacientemente por la tribuna política, llegó en fin á la Asamblea legislativa.

Discípulo de Brissot, ménos profundo, tan valiente y más elocuente que él, unido íntimamente á Gensonné y á Vergniaud, todos de una misma edad, de un mismo país y de las mismas pasiones, dotado de un alma enérgica y de una palabra seductora, tan propio para resistir á los movimientos de una asamblea popular como para precipitarla hácia un desenlace definitivo, manifestaba todos estos dones de la inteligencia en una de esas fisonomías meridionales, en las cuales se enciende la pasión con el mismo fuego del discurso.

«Acaba de hablarse de un congreso,—dijo.—¿Qué infame complot es el que se arma contra nosotros, y hasta cuándo sufrirémos que se nos fatigue con esas maniobras y se nos ultraje con esas amenazas? ¿Han pensado bien esos hombres en lo que traman? La sola idea de la posibilidad de una capitulación de la libertad podría llevar hasta el crimen á los descontentos, y ántes que todo es preciso evitar los crímenes. Enseñemos, pues, á todos esos príncipes que la nación está resuelta á mantener íntegra su Constitución ó á perecer en masa con ella. En una palabra, ¡señalemos de antemano su sitio á los traidores, y que este sitio sea el cadalso! Propongo que se decrete ahora mismo que la nación mira como traidores, infames á la patria y culpables del crimen de lesa nación á todos los agentes del poder ejecutivo, á todos los franceses (*Varias voces: A todo legislador*) que tomen parte directa ó indirectamente en un congreso cuyo objeto sería obtener una modificación en la Constitución, ó mediar entre Francia y los rebeldes.»

A estas palabras la Asamblea se levantó cual si fuese un solo hombre. Todos los diputados extendieron el brazo derecho con la mano abierta, en la actitud de quien va á prestar un juramento. Las tribunas unieron sus aplausos á los de la sala, y el decreto se votó.

Mr. de Lessart, á quien el gesto y las reticencias de Guadet parecían haber designado como víctima á las sospechas del pueblo, no quiso cargar sobre sí el enorme peso de aquellas terribles alusiones. «Se ha hablado—dijo—de los agentes políticos del poder ejecutivo; yo debo declarar que no reconozco en nadie el derecho, ni sé que nadie pueda estar autorizado á sospechar con fundamento de su fidelidad. En cuanto á mí, me contentaré con repetir las palabras de uno de mis colegas en el ministerio, palabras que yo acepto como si fuesen mías: «¡La Constitución ó la muerte!»

Miéntas que Gensonné y Guadet sublevaban la Asamblea en esta escena concertada ántes, Vergniaud sublevaba la multitud con la proclama dirigida al pueblo frances, y repartida con profusión entre las masas. Los girondinos calcaban á Mirabeau. Acordábanse del efecto que habia producido dos años ántes el proyecto de mensaje dirigido al rey para que licenciase las tropas.

«¡Franceses!—dice Vergniaud.—La guerra con todo su formidable aparato amenaza vuestras fronteras. Se habla de un complot contra la libertad. Vuestros ejércitos se reúnen, y grandes movimientos agitan el imperio. Unos sacerdotes sediciosos preparan en el secreto de las conciencias y hasta en los mismos púlpitos una sublevación general contra la Constitución. Las leyes marciales eran necesarias. Desde entónces nos habian parecido justas... pero no habíamos logrado sino hacer brillar un momento la cuchilla á los ojos de la rebelión. El rey se ha negado á sancionar nuestros decretos. Los príncipes de Alemania hacen de su territorio una guarida de conspiradores perpetuos contra vosotros. Ellos protegen las maquina-



GUADET.

ciones de los emigrados, y les dan asilo, oro, armas, caballos y municiones. Llevar todo esto con paciencia es suicidarnos. ¡Ah! No cabe duda que habeis renunciado á las conquistas, pero no habeis prometido sufrir pacientemente tan insolentes provocaciones. Vosotros habeis sacudido el yugo de vuestros tiranos, y ciertamente que no lo habeis hecho para ir á doblar la rodilla ante los déspotas extranjeros. Con todo, debeis estar muy alerta porque os hallais rodeados de lazos; se trata de conducirnos por medio del disgusto ó del cansancio á un estado de languidez que enerve vuestro valor. Bien pronto quizá se tratará de darle una direccion siniestra y de extraviaros. Se trata ademas de separaros de nosotros; para ello se sigue el plan de calumniar á la Asamblea nacional y de acriminar á la revolucion. Evitad con cuidado esos pánicos terrores. Rechazad con indignacion á esos impostores que, cubriéndose con un celo hipócrita al mismo tiempo que afectan ser amantes de la Constitucion, no cesan de hablaros de *monarquía*. La *monarquía* para ellos es la contrarevolucion. La *monarquía* es la *nobleza*. La contrarevolucion quiere decir el diezmo, la feudalidad, la Bastilla, los grillos y los verdugos para castigar los sublimes impulsos de la libertad; quiere decir igualmente los satélites extranjeros en lo interior del Estado, la bancarota que devore vuestros asignados, vuestra fortuna privada y la riqueza nacional; los furros del fanatismo, los de la venganza, los asesinatos, el saqueo, el incendio, y finalmente el despotismo y la muerte disputándose entre arroyos de sangre y sobre montones de cadáveres el imperio de vuestra desgraciada patria. Nobleza quiere decir dos clases distintas de hombres: la una para la grandeza y la opulencia, la otra destinada á sufrir la miseria y la baja. La primera, dispuesta á apoyar la tiranía; la segunda, sin otro porvenir que la más dura esclavitud: ¡Nobleza! ¡Ah! Esta sola palabra es una injuria para la especie humana. Y sin embargo, para asegurar el éxito de estas conspiraciones se pone toda Europa en movimiento contra vosotros. Pues bien, es preciso destruir estas esperanzas criminales por medio de una declaracion solemne. Si, los representantes de Francia, libres y unidos íntimamente á la Constitucion, se verán sepultados bajo sus ruinas ántes que se logre hacerles acceder á una capitulacion indigna de ellos y de vosotros. Unios, tranquilizaos. Se trata de sublevar las naciones contra vosotros, pero no se sublevará sino á los príncipes. El corazon de los pueblos es vuestro. Vosotros abrazais su causa al defender la vuestra. Tened odio á la guerra, ésta es el mayor crimen que pueden cometer los hombres y el azote más terrible de la humanidad; pero toda vez que se os fuerza á ella, seguid el curso de vuestros destinos. ¿Quién es capaz de prever hasta dónde llegará el castigo de los tiranos que os obligan á tomar las armas?»

De este modo aquellos tres votos conjurados se unian para lanzar á la nacion en la guerra.

Las últimas palabras de este escrito presentaban con bastante claridad al pueblo la perspectiva de una república universal. No eran ménos ardientes los constitucionales en dirigir las ideas de la nacion hácia el mismo fin, es decir, hácia la guerra. Mr. de Narbona, al volver de su rápido viaje, tranquilizó á la Asamblea, tanto sobre el estado del ejército como sobre el de las plazas fortificadas. En su discurso alabó á todo el mundo. Presentó á la patria al jóven Mateo de Montmorency, nombre el más hermoso de Francia, y de un carácter más noble todavía que su nombre, como el símbolo de la aristocracia sacrificándose á la libertad.

tad. Afirmó que el ejército no separaba, en su adhesión á la patria, á la Asamblea del rey. Elogiaba sobre todo á los jefes de las tropas. Nombró para mandar el ejército del Norte á Rochambeau, á Berthier para Metz, á Biron para Lille, y á Luckner y Lafayette para el Rhin. Habló de los planes de campaña concertados entre estos generales, según orden que para ello habían recibido del rey. Enumeró los guardias nacionales que estaban dispuestos á formar la segunda línea del ejército activo, y solicitó que se les armase inmediatamente. Pintó á aquellos voluntarios como hombres que daban al ejército el carácter más imponente, á saber: el de la fuerza y el de la voluntad nacional. Respondió de los oficiales que habían prestado juramento á la Constitución, y trató de vindicar á los que no habían querido hacerlo de la nota de traidores, y animó á la Asamblea á no desconfiar en los dudosos. «La desconfianza—dijo—es en estos tiempos borrascosos el más natural, pero también el más peligroso de los sentimientos. La confianza compromete. Le importa mucho á un pueblo manifestar que no puede tener sino amigos.» Después de esto, dió cuenta de las fuerzas que tenía la nación, que consistían en ciento diez mil infantes y veinte mil caballos, todos dispuestos á entrar en campaña inmediatamente.

Este informe, apoyado por Brissot en su periódico, alabado y aplaudido por los girondinos en la Asamblea, no dejó ya ningún pretexto á los que querían diferir la lucha. Francia conocía sus fuerzas en el exceso de su ira, y nada podía ya contenerla. La impopularidad del rey iba en aumento, y su indecisión irritaba cada día más los ánimos. Dos veces había detenido ya con el *veto* los efectos de las enérgicas medidas decretadas por la Asamblea. Las dos cosas sobre que había recaído aquél eran el decreto contra los emigrados y el que conminaba á los sacerdotes no juramentados. Estos dos *vetos*, de los que el uno le era inspirado por su honor y el otro por su conciencia, eran dos armas terribles que la Constitución había puesto en su mano, y de las cuales no le era posible usar sin herirse. Los girondinos se vengaban de su resistencia imponiéndole la guerra contra sus hermanos los príncipes y contra el emperador, á quien suponían cómplice suyo.

III

Los libelistas y los periodistas jacobinos presentaban continuamente al pueblo los dos *vetos* como otras tantas traiciones. Los tumultos de la Vendée se achacaban á complicidad secreta entre el rey y un clero rebelde. En vano el departamento de Paris, compuesto de hombres que respetaban las conciencias, tales como Mr. de Talleyrand, Mr. de Larochehoucauld y Mr. de Beaumetz, presentó al rey una petición en la cual los verdaderos principios de libertad protestaban contra lo arbitrario de la inquisición revolucionaria de una multitud de contrapeticiones que llegaban de todos los departamentos.

Mucho tiempo hacía que el estado del reino estaba en armonía con el de Paris. En los departamentos no se veía otra cosa que alborotos, disturbios, denuncias y motines. Todos los correos traían noticias de nuevos escándalos, de nuevas peticiones sediciosas, de nuevos motines y de nuevos asesinatos. Los clubs establecían otros tantos centros de resistencia á la Constitución cuantos cantones había en el imperio. La guerra civil que se preparaba en la Vendée se abrió por los asesinatos de Aviñon.

Esta ciudad y el condado, reunidos á Francia por el último decreto de la Asamblea constituyente, habían quedado desde aquella época en un estado el más favorable á la anarquía. Los partidarios del gobierno papal y los de la reunión á Francia luchaban allí en una alternativa de esperanza y de temor, que prolongaba y envenenaba cada día más los odios que recíprocamente se tenían. El rey, por un escrúpulo religioso, había suspendido por largo tiempo la ejecución del decreto de reunión. Temeroso de usurpar á la Iglesia sus dominios, tardaba en decidirse, y estas dilaciones impolíticas daban lugar á los crímenes.

Francia estaba representada en Aviñon por unos mediadores. La autoridad provisional de éstos estaba apoyada por un destacamento de tropas de línea. El poder reposaba en la dictadura de la municipalidad. La población, agitada y apasionada, se dividía en dos partidos, el uno francés ó revolucionario, el otro opuesto á la reunión á Francia y á la revolución. El fanatismo religioso de uno de estos partidos, y el entusiasmo exagerado del otro por la libertad, les inducían á cometer los mismos crímenes. El ardor de la sangre, la sed de venganza particular y el fuego del clima avivaban más las pasiones civiles de todos. Las violencias de las repúblicas italianas debían volverse á reproducir en las costumbres de esta colonia italiana, de esta sucursal de Roma situada á orillas del Ródano. Cuanto más pequeños son los Estados, tanto más atroces son en ellos las guerras civiles. Las opiniones encontradas se convierten en odios personales; las batallas allí no son sino asesinatos. Aviñon preludiaba ya los que iba á cometer en masa empezando por alguno que otro parcial.

El 16 de Octubre empezó á notarse una agitación sorda y á formarse multitud de grupos compuestos en su mayoría de gentes del pueblo enemigas de la revolución. Las paredes de las iglesias se hallaron desde muy temprano cubiertas de pasquines incitando al pueblo á sublevarse contra la autoridad provisional del ayuntamiento. Contábase una porción de milagros ridículos con los que se trataba de persuadir al vulgo ignorante que el cielo reclamaba pronta venganza de los atentados cometidos contra la religión. Uno de los que corrían más acreditados era que una imagen de la Virgen, por la que el pueblo tenía gran veneración y que estaba en la iglesia de los Franciscanos, se había puesto encarnada al ver las profanaciones de su templo y había derramado lágrimas de dolor y de indignación. Criado el pueblo en estas supersticiones bajo el gobierno papal, se había dirigido en masa á los Franciscanos para vengar la causa de su Soberana Patrona. Animado por las exhortaciones de los fanáticos y confiado en la intervención divina, el tropel salió de los Franciscanos, y aumentándose por instantes, marchó desde allí á las murallas, volvió los cañones hácia la ciudad y se diseminó por las calles pidiendo la caída del gobierno. El desgraciado Lescuyer, notario de Aviñon y secretario del ayuntamiento, fué designado particularmente al furor de aquellas hordas, que arrancándole violentamente de su casa, le llevaron arrastrando desde ella hasta el altar de los Franciscanos, donde le sacrificaron á palos y á sablazos, dejándole como víctima expiatoria á los pies de la imagen ofendida. La guardia nacional y un destacamento que salió del fuerte con dos piezas de artillería, dispersaron el pueblo y recogieron el cadáver de Lescuyer. Pero las cárceles de la ciudad habían sido forzadas, y los malvados que estaban en ellas se unieron á los amotinados, dispuestos á secundarlos en sus asesinatos. Eran de temer unas horribles represalias, y sin